FÁBULAS QUECHUAS

SELECCIÓN

Adolfo Vienrich



ADOLFO VIENRICH
FÁBULAS QUECHUAS SELECCIÓN

ADOLFO VIENRICH

FÁBULAS QUECHUAS

Selección



Adolfo Vienrich

Adolfo Vienrich de la Canal nació en Lima, el 18 de noviembre de 1867. Fue un escritor, farmacéutico y un intelectual preocupado por el folklore y la etnohistoria en el Perú.

Cursó estudios en el colegio San Ramón de Tarma, ciudad donde pasó la mayor parte de su vida. Estudió Ciencias Naturales en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde pudo hacerse miembro del Círculo Literario de la Unión Nacional que lideró Manuel González Prada.

Sus obras literarias son dos: *Azucenas quechuas*, publicada en 1905 y *Apólogos quechuas*, también llamado *Fábulas quechuas*, publicada en 1906.

Trágicamente terminaría suicidándose el 29 de setiembre de 1908, a la edad de 40 años. Muchos años posteriores a su muerte, en 1945, es declarado precursor del Folklore peruano. Reconocimiento dado por el periódico el Mercurio Peruano.

Fábulas quechuas selección
Adolfo Vienrich

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: María Grecia Rivera Carmona
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

FÁBULAS QUECHUAS

Título original*:*

Tarmapap Pachahuarainin -Apólogos quechas

PRÓLOGO

Lo más original de este ensayo son indudablemente los apólogos que con particular interés hemos coleccionado, para confirmar que el estado mental de un pueblo comienza con esa forma literaria de la que no hai sino un paso en su evolución hacia composiciones de más amplitud como los dramas, trajedias, etc. Basta esta sola consideración de la existencia de los apólogos incaicos, que por primera vez se dan a luz, para traer por tierra los aventurados juicios i absurdas aseveraciones de todos aquellos que ignorantes de la mentalidad de los antiguos peruanos i de su literatura, han pretendido negar la autenticidad del Ollanta i otras tragedias, yendo en su ignorancia hasta negarles capacidad i cultura suficientes para la concepción de semejantes producciones literarias.

Preferimos no anticipar juicio crítico alguno, dejándolo a la apreciación de los que saboreen la gracia e intención moral de estos hermosos apólogos; pero no será demás indicar al paso que las fábulas «Los gorriones», «El zorro i el puma», «La huachua i el zorro» aparte de la observación que revelan en el estudio de la mentalidad

de estos animales, ponen de relieve haberse ajustado a los cánones del arte, sin descuidar el autoctonismo, patentizado en el apólogo «El sapo i el zorro», dos animales intelijentes, igualmente astutos, que contrastan por su ligereza el uno, por su pesadez el otro, como en el de «La tortuga i la liebre», de La Fontaine, de la que difiere la creación peruana, en el empleo de los *chasquis* (correos incaicos para la rápida trasmisión de mensajes), que le dan todo el carácter de originalidad apetecible.

Antes definamos qué cosa es la fábula. Para el inimitable La Fontaine:

«Una amplia comedia en cien actos diversos i cuyo escenario es el Universo».

Florián patrocina la definición de su predecesor, confirmándola:

«En efecto, un apólogo es una especie de drama pequeño: tiene exposición, nudo i desenlace. Que los actores sean animales, dioses, árboles u hombres, siempre comienzan por decir de lo que se trata, se interesan por una situación, un suceso cualquiera, i concluyen por dejarlos satisfechos, sea de ese suceso, algunas veces una

sola palabra, resultado moral de todo lo que se ha dicho i hecho».

He aquí pues ratificado el concepto de la fábula, un drama en miniatura, que indudablemente ha existido en el Perú i ha conservado el carácter i el jiro que le imprimió el espíritu incaico. El gusto por las parábolas i enigmas; el hábito de hablar siempre por medio de imágenes, de cubrir los preceptos con un velo que los preserve, perdura aún hoy, teniendo su instrumento en la lengua, el quechua, idioma onomatopéyico por excelencia, prestándose admirablemente para la metáfora.

Por otra parte, el Perú (solo en la India, se han ocupado más de los animales) poblado por una raza eminentemente observadora que creía en la metempsicosis, creencia común hoi mismo, dotaron a las piedras i otros seres materiales de vitalidad i animismo. Así, al hombre le consideran en posesión de un alma, la que puede ser de tres clases de animales, de dos aves i un insecto; esa alma puede encarnarse en el *chihuaco* (Mérula chiguanco), es la más débil; en el *henchu* o *kenti* o picaflor (Trochilus) menos débil, i finalmente en el *chingish* (Bombus) un abejorro. El brujo averigua cuál es el animal en que

se ha encarnado, i luego procede a coger uno, le tapa dentro de una vasija de barro i lo entierra, por lo regular en un tingo, o encuentro de dos ríos; en seguida todos los acompañantes recojen piedras i las arrojan al aire, lanzando imprecaciones, a fin de ahuyentar al espíritu maléfico. El individuo queda exorcisado.

Desde el momento que se creía que el alma humana podía encarnarse en un animal, se profesaba la creencia en la transmigración, luego nada más razonable ni más consecuente, que estudiar las costumbres, los hábitos, la manera de vivir de esos animales tan interesantes que sintetizaban para el hombre de la época su porvenir i su pasado.

El zorro era para ellos el animal más digno de observación por su astucia, i hasta el grito que lanza, *car, car* en su período de celo, lo atribuyen a la *carcaria*, ser fantástico en que se transforman los incestuosos o adulterinos. La serpiente, *Amaru*, la veían en el cielo en una constelación, i la consideraban como producto de la tierra, pues a esos torbellinos de polvo, que culebreando ascienden hasta las nubes, le llaman Amaru i lo explican así: la tierra brama, i ese bramido es el grito del Amaru;

cuando cielo i tierra se juntan en el espasmo nervioso de la vida, conciben a la serpiente que sube en el tornado, cuyo hueco de salida ha quedado en el suelo. Efectivamente, se ve esas turbonadas de tierra durar dos i tres horas excavando fosas profundas. I ellos huyen aterrorizados.

Es ese el ser mitológico que preside las sequías, ocasionando las hambrunas. Mas hai el otro *Amaru*, el que sale de las lagunas con las trombas de agua que se forman ascendiendo hasta las nubes, acompañadas de truenos, rayos i relámpagos, que originan las inundaciones, (*locllas i huaicos*), otra forma de castigar a los humanos.

Familiarizados con los fenómenos de la naturaleza, contemplaban absortos que el rayo descendía de lo alto para introducirse en la madre tierra (*pachamama*). Observaban que el contacto de las brumosas nubes con las altas cimas de las montañas (*orcco*, cerro elevado i también varón) originaba esas serpientes de fuego. Escusado es advertir que no dejarían de meditar e interrogarse: ¿en qué podría transformarse el producto de estos dos elementos una vez en el seno de la tierra? ¡En el Amaru!

Del estudio de los animales, de la certidumbre que posee un alma como nosotros, se ha debido pasar fácilmente a la evidencia de que estaban dotados también de lenguaje. Ciertas especies de aves lo indican sin necesidad de esa inducción. Las *huachuas*, las perdices, las cuculíes, los *chihuacos*, los *queullas*, los *huegocho*, las vicuñas, venados, etc. viven en bandadas. ¿De dónde les vendría esa necesidad de sociedad, ese instinto de sociabilidad, si no tuvieran el don de entenderse? No veían al Ñahuinpuri (camina con los ojos), el vicuña macho, el jefe, el guía, adelantarse siempre i dar la voz de alerta para prevenirles del peligro a los de la manada? Esta sola cuestión nos dispensa emitir los demás razonamientos que pudieran alegarse.

He aquí, pues, cómo el dogma de la transmigración de las almas ha llevado a los hombres a la atención, al interés por los animales, hasta conducirlos a la creencia de la posesión de lenguaje. De aquí no hai sino un paso a la invención de la fábula, es decir, a la idea de hacer hablar a esos seres para convertirlos en preceptores de los humanos.

Montaigne ha dicho: «Que nuestra sapiencia aprenda de las bestias las enseñanzas más útiles a las indispensables

necesidades de la vida. Los caballos, perros i muchos otros animales, por su apego, bondad, resignación i fidelidad deberían dar vergüenza a los hombres».

Detengámonos, por ejemplo, en las costumbres de las cuculíes, de estas avecillas tan afectuosas que no viven sino en familia, que se casan a la manera de los incas con la hermana con que vinieron al mundo; con la que ha sido educado i criado; que permanece en su compañía, cerca de su padre i madre, hasta que el padre, a su vez, va a consagrarse a la educación de su nueva prole dándoles lecciones de amor, inocencia i felicidad, que ha recibido i practicado.

¿No piensan que al primer amauta que se haya tomado el trabajo de observar esas costumbres, tan puras, tan suaves, no se le hubiera ocurrido compararlas con nuestras intrigas, nuestras infamias i nuestros crímenes?

Que ante este contraste de la vida de las cuculíes apaciblemente recostadas en la cima de los árboles, entonando su amoroso lamento, con la del hombre, armado de la flecha que ha inventado para matar de más lejos a sus hermanos, que emplea sus cuidados i su destreza en imitar su canto, a fin de que engañadas

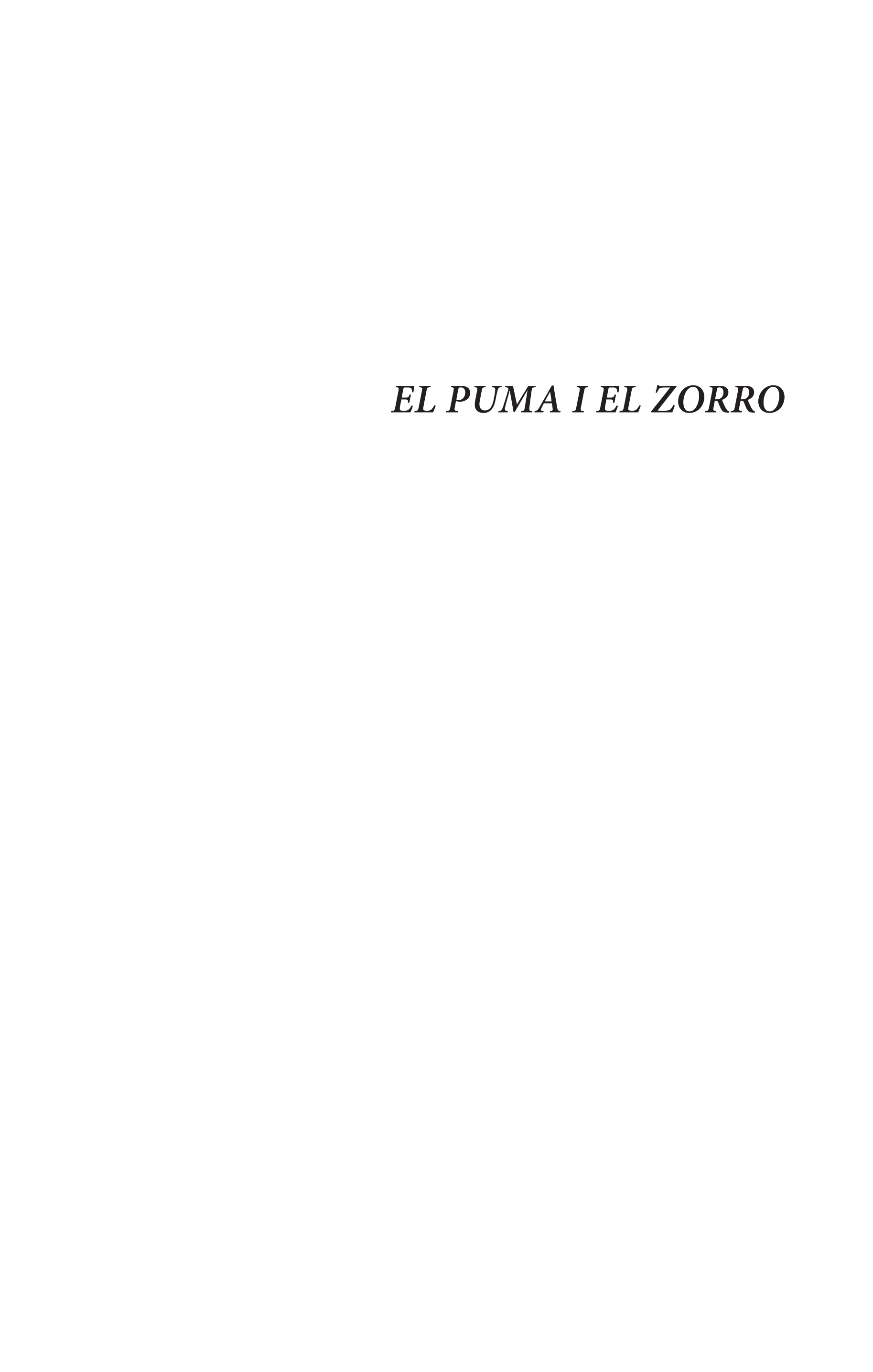
reciban una muerte segura de su pérfido asesino; ¿no piensan que ese primer filósofo ha imajinado hacer conversar juntas a esas tortolitas para reprochar al hombre su barbarie, para decirle verdades duras que un moralista no podría atreverse a hacerlo sin exponerse a los efectos crueles del amor propio irritado? He aquí la fábula inventada; de esto tenemos un ejemplo clásico en el precioso cuento «La cuculí agradecida».

Bosquejado mui a la lijera el origen de la fábula, definido y estudiado su proceso evolutivo, nos resta ahora indicar las condiciones que debe reunir. La Motte nos lo dice: «Para hacer un buen apólogo, es menester desde luego, proponerse una verdad moral, ocultarla bajo la alegoría de una imagen que no peque ni contra la exactitud ni contra la unidad ni contra la naturaleza. Hacer intervenir actores que hablen en estilo familiar, animado, de lo que haya de más gracioso, distinguiendo los matices de lo burlesco i lo risueño, de lo natural i lo inocente, de lo burlón i lo sarcástico».

¿Llenan los preceptos de los clásicos de la colección que presentamos a nuestros lectores? Planteamos la cuestión, los tomamos por testigos, más aún, por jueces. Que ellos los resuelvan.

¿Qué son las fábulas de Fedro, Aftonius i Gabrias; que las de Iriarte i Samaniego; ni que las de La Fontaine i Florián, de Gall i Lessing sino plagios, simples rapsodias de las de Esopo? Y de este mismo, sus apólogos acaso no vienen de Lokman i Gilpai, brahamanes de la India, donde, como en el Perú de los incas, profesaban la doctrina de la metempsicosis i crearon la fábula. ¡Ah, si Vicente Fidel López hubiera tenido conocimiento de este capítulo, qué amplia mies no le hubiera proporcionado para sus aproximaciones a los arios.

Mas no solo en esto tenemos derecho a levantar la voz, sino también por la moral que entrañan: a diferencia de las esópicas, que no enseñan sino a ser mentirosos, egoístas i malvados, en las incaicas, una moral severa i elevada informa la conducta de los protagonistas.



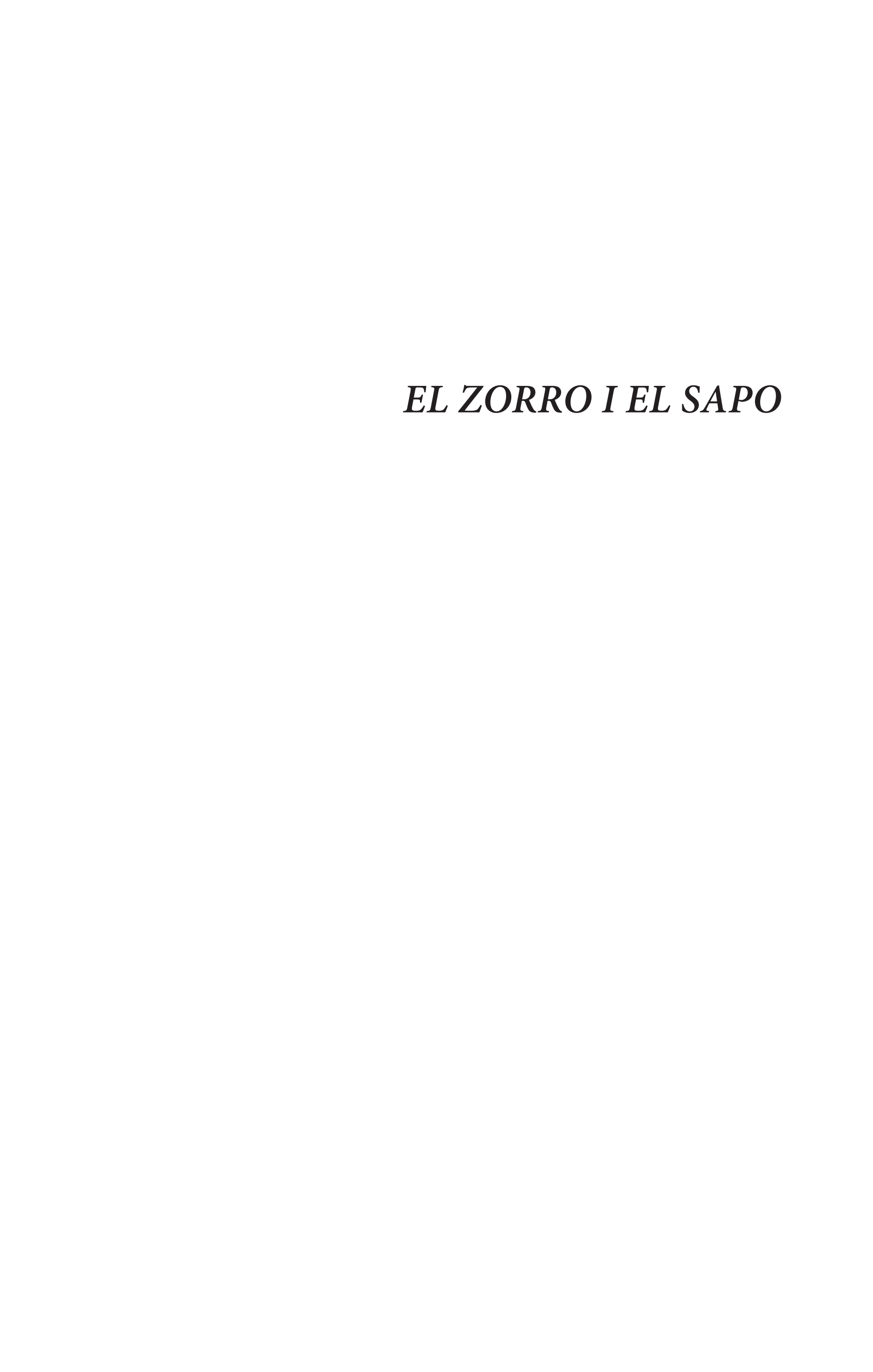
EL PUMA I EL ZORRO

Atrapó una hermosa llama un puma, i después de hartarse enterró el resto para su cena. Un zorro que lo estaba acechando, no bien le vio partir, descubre el tapado e hizo un opíparo desayuno con la reserva del puma. Este, que regresa cuando el sol daba sus últimos chisporroteos, se pone rabioso al encontrarse con que había desaparecido su comida, i base en pos del ladrón.

Vagando sin rumbo, dio con un zorro profundamente dormido. El bufón puma a fin de interrogarle por el hurtador, quiso despertarlo. Formó un manojo de pajas, con el cual se puso a cosquillarle el hocico. El zorro en la creencia de que se trataba de moscas, las ahuyentaba con el rabo, prorrumpiendo socarronamente: «¡Afuera moscas, que acabo de arrebatar su presa al león!».

Así se descubre al puma, que cojiéndole por el cuello castigó su osadía, y lo estranguló.

EL JACTANCIOSO HABLADOR POR SU BOCA SE CONDENA.



EL ZORRO I EL SAPO

—Como yo nadie corre: acaban de perseguirme cinco rangalidos perros i me veo aquí como si tal cosa no hubiera acaecido. ¿Qué sería de ti en un percance análogo al que acabo de pasar? —le decía cierto zorro a un sapo.

—Señor zorro, es preciso no ser tan jactancioso ni alabarse tanto, que, acaso, me atrevería a apostarle una carrerita.

—¡Desgraciado! Tú no haces otra cosa que saltar en el mismo sitio i no avanzas. Se burlarían de mí al verme disputando a correr contigo. Pero voi a darte gusto quitándote de la cabeza tan descabellada pretensión a fin de que te infles menos cuando gritas.

—¡Ah señor orgulloso! Yo grito en verdad, pero tú ladras. ¡Qué diferencia existe en nuestra voz! A mí me conocen y no me huyen, pero quién no se ahuyenta, cuando ¡*Car... car*! ¿Vaga, usted, Por lomas i quebradas? ¡Ah demonio de carcaria alabancioso!

—Déjate de insultos que entre personas decentes se arreglan las diferencias con buenas palabras. ¿Estás dispuesto, señor volador, a portarte?

—Si es así, hasta mañana.

Al día siguiente, se presentó el sapo con un hermoso perro llamado Yanajaracha como juez i el zorro suplicó a un *Agroi* (ave de rapiña) le sirviera de testigo.

Dada la voz de partida, el zorro salió a todo escape por sobre las yerbas i malezas, pero no bien había recorrido un corto trayecto cuando oye que gritan ¡Huac!

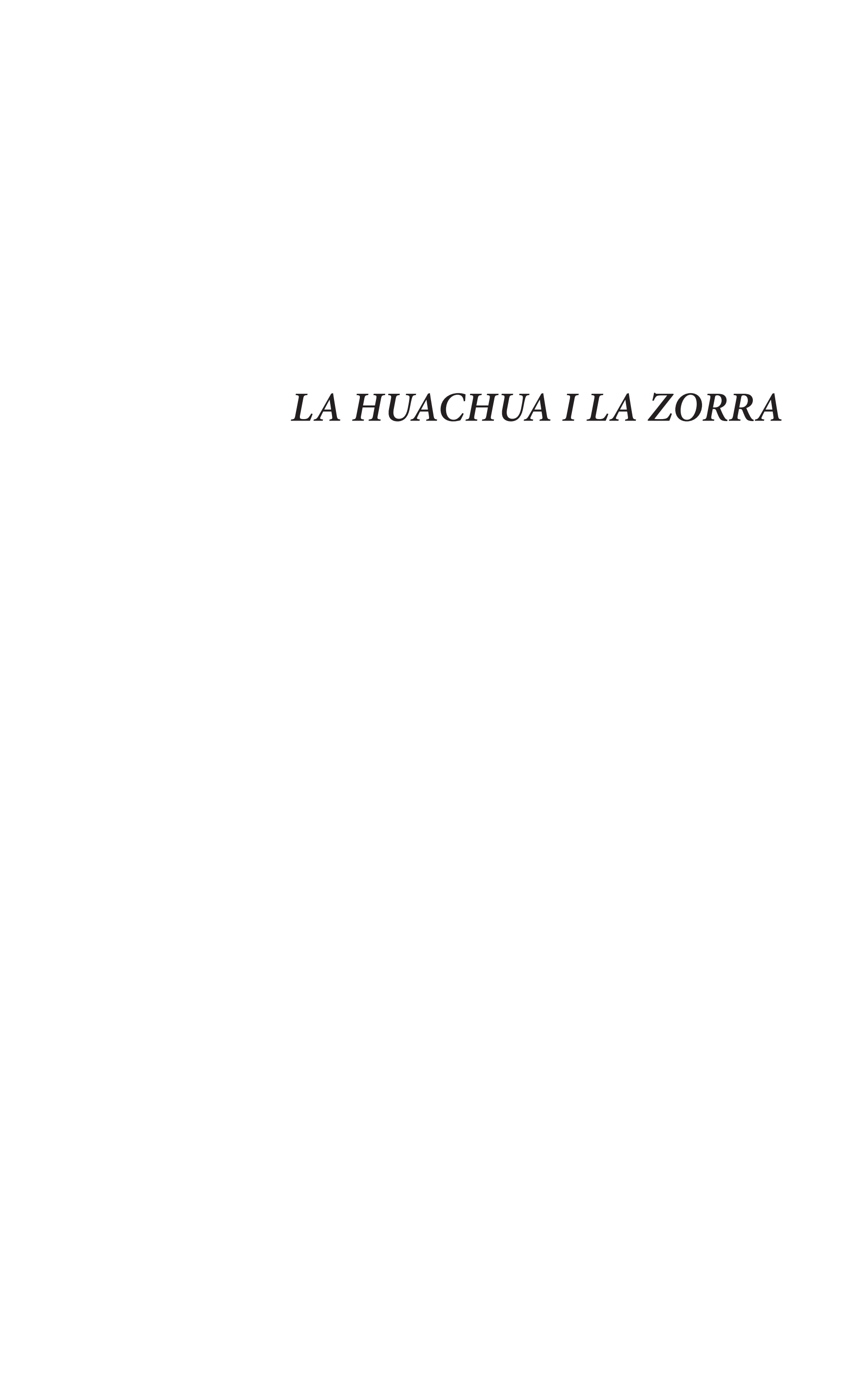
—Se me ha adelantado el sapo —murmuraba el zorro, i apura; más un nuevo ¡Huac! i otro i otro más, i seguía el ¡huac! ¡huac! del sapo, hasta que sin alientos llegó a la meta, donde le repetía: ¡Huac!

Avergonzado el zorro confesó la partida, excusándose con que se le habían enredado las piernas en las yerbas, pero que era otra cosa tratándose de correr cerro arriba.

¿Cómo sucedió eso?

El astuto sapo había apostado, en toda la travesía de trecho en trecho, a manera de *chasquis,* a sus compañeros ocultos bajo la yerba, con la consigna de dar la voz a medida que notaran se iba aproximando el zorro.

PARA UN ZORRO SABIONDO HAI UN SAPO MALICIOSO.



LA HUACHUA I LA ZORRA

Preguntaba a la *huachua* una zorra por qué sus hijuelos tuvieran las patitas coloradas.

—Sabrás que yo acostumbro ponerlos sobre las brasas, i el fuego se las enrojece.

Lo hizo así la zorra, que deseaba para sus hijos patitas encarnadas i los infelices cachorritos sucumbieron no dejando más recuerdo que sus cenizas.

Encolerizada la zorra, buscaba a la malvada *huachua*; pero esta que la vio venir, puso a las espaldas sus polluelos i de un vuelo cayó al otro lado del río.

Así se libró de la zorra poniendo el río por medio, mientras esta buscaba un paso, en la imposibilidad de vadearlo.

ESTO NOS ENSEÑA QUE DEBE UNO ESTAR SATISFECHO CON AQUELLO QUE LA NATURALEZA LE OTORGA.

EL HERMANO CODICIOSO

(El origen del venado)

Habitaban la misma casa dos hermanos: uno rico i otro pobre, con sus respectivas mujeres e hijos.

Un día que el rico, con muchos convidados, festejaba el *corta pelo* de uno de sus hijos, se asomó el pobre.

Le ve uno de los invitados i pregunta:

—¿No es ese tu hermano? ¿Por qué no le haces pasar?

—Ese, es un doméstico.

—El pobre lo oyó, lleno de aflicción por el desprecio que su hermano hacía de él, decidió abandonarlo i se fue como de costumbre en busca de *chicash*, único alimento con el cual sustentaba a su familia.

Se detuvo en la puna a descansar sobre una eminencia, lamentándose de su mala fortuna, cuando oye que esta le hablaba, consolándolo e indicándole siguiera un camino que le conduciría a una gran cueva i que llamara. Siguió las indicaciones de la peña hasta la cueva, donde encontró un anciano venerable, el que le dio una piedra, diciéndole que se regresara con ella, sin desprenderse nunca.

Caminaba de prisa, pero una noche lóbrega le impidió proseguir su marcha: buscó refugio en una cueva, para pasar la noche, con su piedra a las espaldas. Le era imposible conciliar el sueño por el hambre i el pesar; nuevamente se quejaba de su fatal destino, cuando dormitando escuchó este diálogo entre la peña, la puna i la pampa.

Le preguntaba la puna a la peña, por qué lloraba ese hombre.

—El pobre llora porque su hermano rico lo ha despreciado.

La pampa interrogaba por su parte:

—¿De qué se queja ese infeliz?

—De su hermano rico que lo tiene muerto de hambre —respondía la peña.

—Pues entonces yo le daré mazamorra de maíz blanco.

—I yo —dice la cueva— de maíz morado.

—I yo —dice la peña— de maíz amarillo.

Despierta sobresaltado i se encuentra con tres ollitas, las que devoró, procurando sobrar un poco de cada una, para su familia. I se quedó profundamente dormido.

Al amanecer se dispuso a continuar su marcha, pero le fue imposible levantar el atado por su enorme peso; lo descubre, i no sin sorpresa nota que la mazamorra de maíz amarillo se había convertido en oro, la de maíz blanco en plata i la de morado en cobre.

Dejó enterrada una parte i se marchó contento a su casa, donde refirió a su familia lo que le había acontecido.

El rico al descubrir que su hermano había enriquecido bruscamente, le acusó de ladrón.

Para comprobar su inocencia le contó todo lo que le había sucedido; relato que no hizo sino despertar su codicia, i esa misma noche se encaminó a la cueva donde el anciano, recibió la piedra, i se quedó dormido. Le dio cuernos la peña, la pampa pelos, i la puna rabo, con los que al despertar quedó completamente transformado.

Llega a su casa, lo desconoce su mujer, que le echa los perros. Desde entonces trocado en venado huye por las pampas i punas.

EL ZORRO, EL CÓNDOR Y EL CERNÍCALO

(El fin de un fatuo)

A un zorro oletón conocido como el perrito de toda boda, le dieron la noticia de que se preparaba una gran festividad en el cielo, i en su porfiado empeño de husmear, se encaminó en busca de su amigo el cóndor, para que lo condujera allá.

Al llegar a la madriguera de su compañero de rapiña, mui cortés i reverenciosamente le dice:

—¡Compadre! Me place saludarlo i a su vez rogarle me lleve al cielo, adonde he sido invitado para tocar la guitarra en la gran fiesta.

El cóndor que le debía favores le contestó:

—Con muchísimo gusto le serviré de rocinante, pero usted me remunerará con dos llamitas tiernas, porque tan gordo como está debe pesar mucho.

—No, solamente dos, compadre, serán cuatro.

Cerrado el convenio, el cóndor se echó a cuestas a su compadre, recomendándole que se abrace bien i coja la vihuela con los dientes. Emprendieron el vuelo dejando abajo árboles i cerros hasta perderse en las nubes.

Hendiendo ufanos los aires, llegaron a las puertas del cielo, que se abrieron a los golpes del zorro.

El portero se sorprendió al encontrarse con semejantes huéspedes en aquellos parajes, i les preguntó la causa de su presencia en ese lugar, a lo que repuso el zorro, ser un eximio músico, i haber venido con el exclusivo objeto de alegrar a los espíritus. No dejó de hacerle gracia al viejo la peregrina ocurrencia, y los invitó a que pasaran adelante.

Conducidos ante el coro de los espíritus, el zorro principió a dejar de oír los preludios de un pasacalle, lo que hizo que los espíritus suelten la risa a caquinos. Como en ninguna parte faltan bromistas, a uno de los tentadores se le ocurrió emborrachar al músico. Entusiasmado este con la buena chicha, la fiesta pasó de punto i el zorro, borrachito, comenzó a zapatear al son de la guitarra, entonando con voz meliflua la copla siguiente:

«Arrímate rechinante
para que pase el *llanque*,
i tenga ancho campo
adonde extender el poncho».

Ebrio el zorro, ponía oídos de mercader a las instancias del cóndor para regresar; por lo que aburrido este, levantó el vuelo i se vino a tierra.

Al despertar el zorro se vio solo en esa inmensidad, sin su querida vihuela, que se le habían hurtado. Acongojado i temeroso comenzó a llamar i dar gritos conmovedores, pero en vano. Recorría de arriba abajo, i de un lado a otro esas extensas praderas sin ser viviente, en donde solo crecía paja.

Desesperado, no pensando sino en la muerte, ¡I qué muerte! ¡De hambre! Se le ocurre que con la paja podría fabricarse una gran soga i descolgarse por ella.

Dicho i hecho; en poco tiempo torció una soga de inmensa longitud que estimó suficiente para alcanzar tierra; ató un cabo al cerrojo de la puerta i arrojó el resto, comenzando su peligroso descenso, alegre i satisfecho de haber encontrado el medio de salir con vida de ese desierto.

A medio camino tropezó con un cernícalo mui atrevido, que comenzó a revolotear a su alrededor

rozándole el hocico con las alas i con tono petulante a interrogarle:

—¿I compadre, cómo le ha ido en la mansión celeste?

Infatuado el zorro de haber bailado en el cielo, con mucha prosa se le encara:

—¿Desde cuándo un rangalido como tú, un tan feo avechudo, puede ser compadre de un caballero?

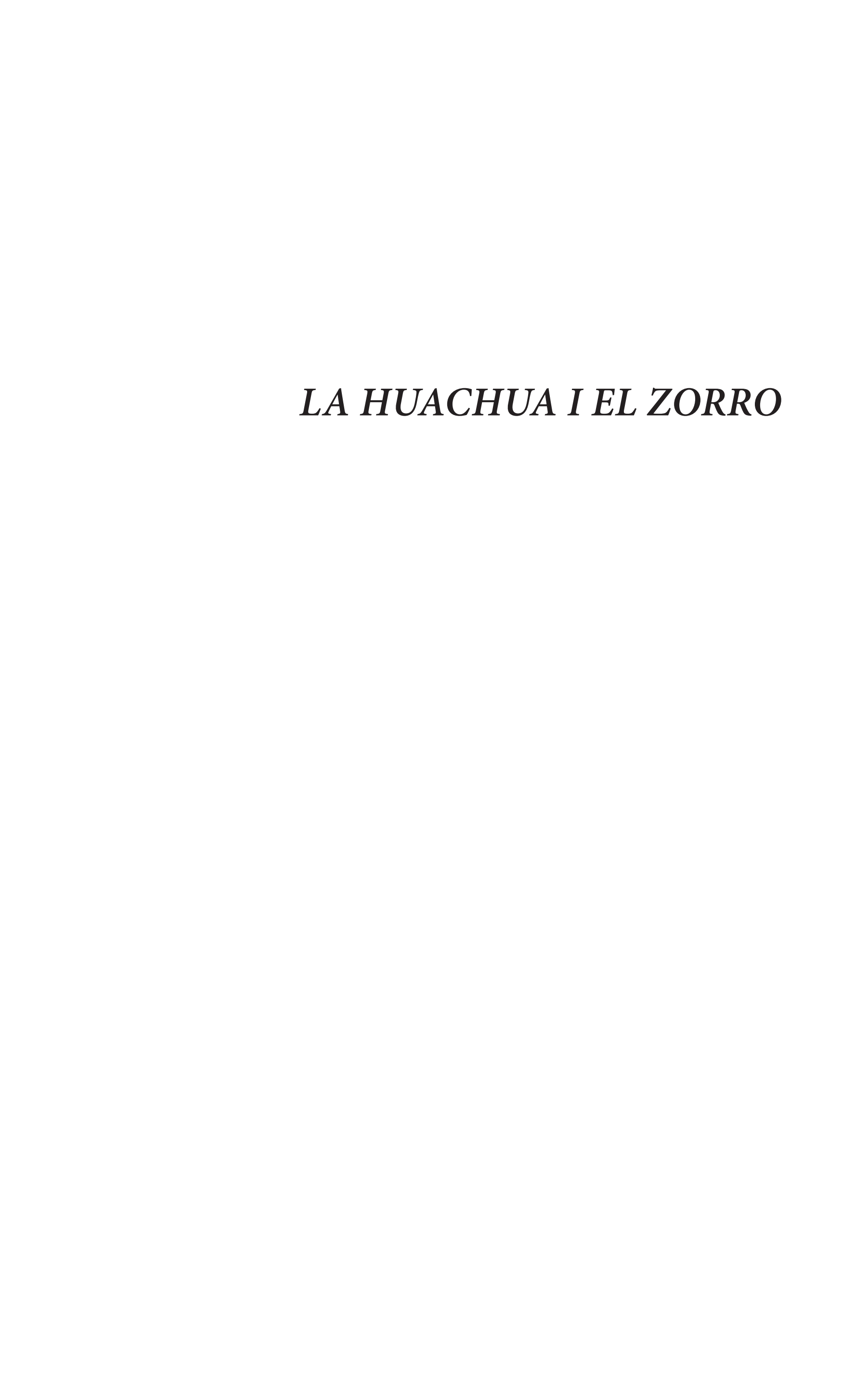
Amostazado el cernícalo le respondió a su vez:

—No son caballeros ni aquí ni abajo, los ladrones de gallinas, hermanos del zorrillo pestífero. ¿Cómo puedes tú nunca equiparar al que cruza libre los aires con los que van al cielo a roer huesos?

Gruñó de rabia el zorro, lanzó su imprecación altamente denigrante para el *quilish*, que lleno de ira la arremetió con la soga a picotazos, i la cortó; mas el fatuo zorro a pesar de hallarse en peligro, le seguía insultando: ¡Nariz torcida!, ¡nariz de cuerno! ¡Cuidado con cortar la soga!

Ni bien siente el zorro que la soga se arranca i se hacía más vertiginoso su descenso, comenzó a dar voces pidiendo le tuvieran misericordia i le tendieran paja o mantas para recibirlo i evitar se estrellase. Nadie escuchó, i fue tan rápida su caída, que antes que percibieran sus alaridos estaba en tierra hecho añicos.

TRISTE FIN EL DE TODOS LOS PRESUNTUOSOS I PALANGANAS: SUBEN EN ALAS DE LA AMISTAD I MUEREN APLASTADOS SI SE LES DEJA A SU PROPIA SUERTE.



LA HUACHUA I EL ZORRO

Donde hai uno bueno hai otro mejor

Un zorro muy hermoso de poblada cola i afiladas uñas, con más astucia que un gavilán, hurtó quinua i trigo de un tendal, con el que armó una buena trampa, en cuyas redes cayeron innumerables avecillas. Introdujo a todas dentro de un costal de jerga i se las llevó vivitas a su prole, para adiestrarlas en el arte de la cacería al vuelo.

Caminaba taciturno i encorvado por tanto peso, hasta que no pudiendo más a media jornada, resolvió dejar la carga en casa de su comadre espiritual, una señora alta i bien parecida, de plumaje blanco i pata colorada, moradora a orillas de una gran laguna.

Se entabló entonces el siguiente diálogo:

—Comadre huachua, te dejo esta carga para que me hagas el favor de guardármela hasta mi regreso; pero sin tocarla; será un favor que te lo agradeceré en el alma.

—Compadre zorro, no tengo inconveniente en servir a un tan apuesto e inteligente caballero.

Dio las gracias el zorro i partió alegre, dejando el saco.

Sola la huachua, curiosa como buena mujer, desata el nudo que aseguraba el saco i ¡Zas!

¡Oh sorpresa! Empluman un gran frailesco, gaviotas, zorzales i gorriones, i toman las de villadiego.

Desaforada el huachua, a aletazos pretendía impedir la fuga; pero fue en vano, porque ninguna quedó.

Jamás huachua alguna se vio en trance tan amargo. Daba graznidos lastimeros i extendiendo sus pesadas alas corría desalentada de un sitio a otro, lamentando su desgracia i pensando a la vez en la venganza que tomaría el astuto de su compadre.

Pasado su aturdimiento le vino una feliz inspiración i se decidió a ponerla en práctica, llenando el saco de espinas, que cuidadosamente cubrió con yerbas i otras malezas.

Al crepúsculo, cuando el sol majestuosamente comenzaba su descenso tras las colinas, regresó el zorro, i como no estuviera presente la comadre, se echa a cuestas su carga, i marcha en dirección a su cueva.

Mas, siente sumamente pesado el saco, i sobre todo que le pinchan los lomos; pero soporta impasible los hincones, con la ilusión de que poco le falta para llegar a la casa, donde tomará suculenta cena en unión de la señora y sus cachorritos.

Caminaba corcoveando con su carga i exclamando: ¡Ay! Cómo me hincan las uñas de los pajaritos, ¡ay, cómo me punzan las patas de los pajaritos!

Impaciente por su tardanza, le esperaban en el dintel de la cueva, la zorra i sus hijuelos, que al verle, locos de contento saltan, brincan, se aparragan, se revuelcan, i la mui señorona muellemente recostada lamía i relamía llena de satisfacción su afilado hocico.

El fatigado zorro siempre gruñendo exclamaba: ¡Ay cómo me punzan las patas de los pajaritos!

Llegó a la feliz morada, i cual una avalancha se precipitan sobre el magnífico presente, madre e hijos, para aligerar tamaña carga, pero retroceden cariacontecidos al contacto de las uñas de los pajaritos.

El zorro ensangrentado i muerto de cansancio arrojó su carga al suelo ordenando antes se coloquen en acecho

en la entrada para evitar la fuga de las palomitas i gorriones, i se abalanzaran a su voz de mando.

Vacía el saco i a la voz de orden se lanzan sobre la yerba que lo cubría, pero ¡Oh dolor!, ¡qué chasco!, no había tales zorzales ni palomitas, solo enormes matas de espinas llevan prendidas en el hocico i manos.

Quedaron desconcertados i dando aullidos lastimosos i enternecedores. Pasaron la noche, hambrientos, doloridos i heridos, relamiéndose el hocico, lamentándose de su mala fortuna y de su mala suerte.

Caviloso el zorro, pensó en vengarse; mas no regresa en el momento temeroso de poder dar caza a la comadre para castigar tan inicua broma, sino que, pasados dos días, se presentó en las cercanías de la casa de la comadre, jurando interiormente comérsela en unión del ahijado. Pero esta ni bien distingue al compadre, de un vuelo se precipita a la laguna en la que, tal era su miedo, no se creía todavía segura i dando zabullones se internaba hacia adentro.

El mui resabido del compadre le decía a gritos que había regresado con otro encargo para suplicarle que se

lo guarde i le juraba, por el santo bautismo de hijo, no le guardaba rencor ni tomaría venganza por la broma que le había jugado.

La huachua, que en más de una ocasión había escapado con vida de las caricias apetitosas del compadre, no dio crédito al tono hipócrita de su socarronazo compadre, sino que seguía nadando i zambulléndose, i cada vez más adentro.

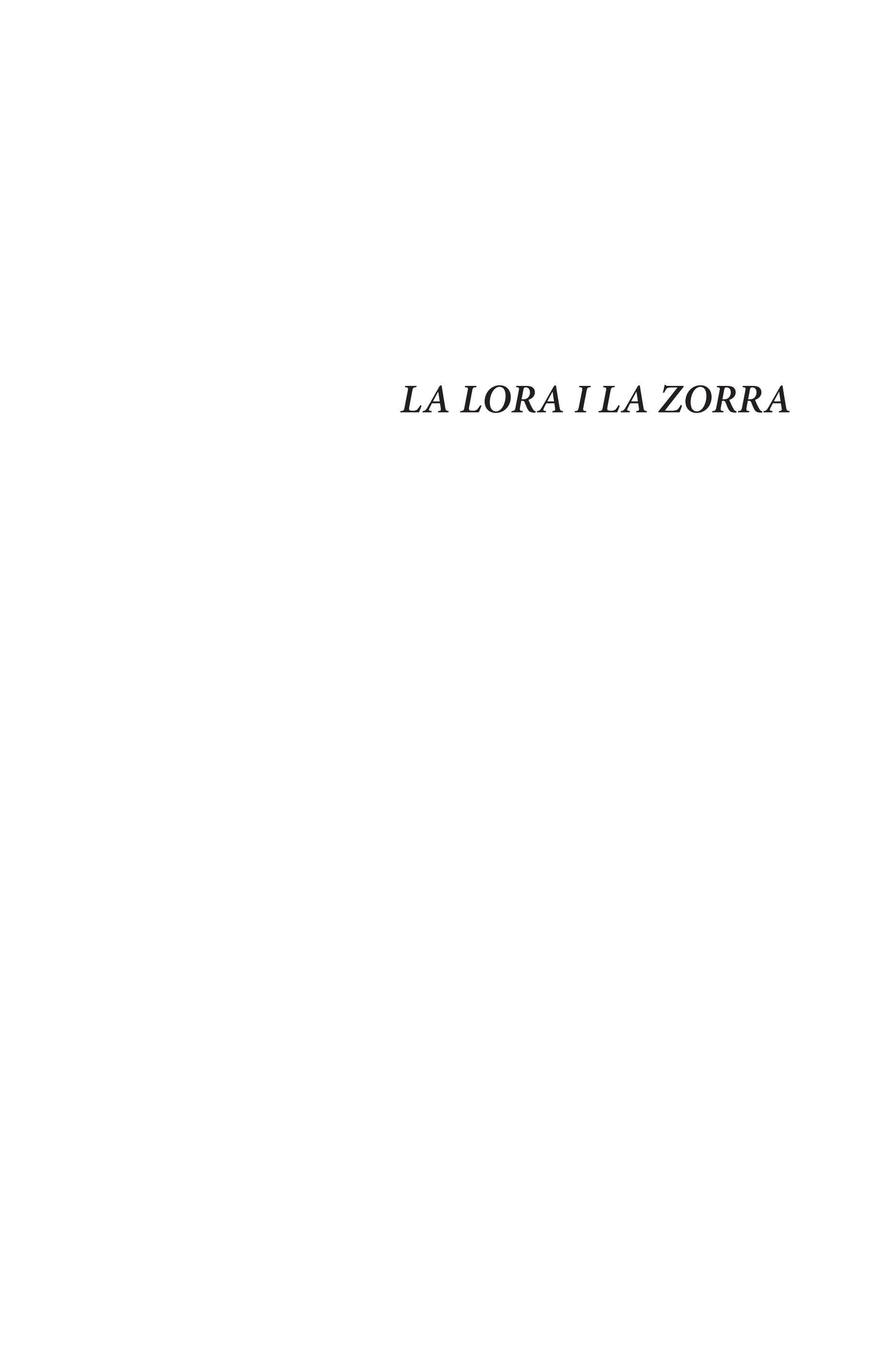
Desconcertado i violento el zorro, se propuso desaguar la laguna i dio comienzo a su tarea: con patas i hocico rasguñaba el suelo, resuelto a abrir una zanja, pero de pronto hubo de renunciar a su temerario empeño porque se le gastaron las uñas i le acometió el cansancio.

Piensa en otro medio, i como la cólera lo ciega, resuelve beberse toda el agua de la laguna, i bebe; pero bien pronto se convence que el agua se le salía del mismo modo que entraba, así que se decide a taparse el ano, para lo que coge una *coronta* i se tapona. Obstruido el canal de salida, loco de furia, con más ardor bebe i bebe el agua, sin meditar que esta nueva zorrada le va a ocasionar la muerte, porque si se le infla el vientre revienta como una vejiga llena de aire. En sus agonías prorrumpía en

lastimeros *ayes* i tiernas imprecaciones, que el eco repetía:

¡Huachua, huachua de pata colorada!, todavía me hincan las uñitas de los pajaritos, ¡ay!, ¡ay!, ¡me punzan las patas de los pajaritos!

HERMOSO APÓLOGO QUE NOS ENSEÑA QUE NUNCA DEBEMOS EJERCITAR VENGANZA, I QUE LA CÓLERA ES MUI MALA CONSEJERA.



LA LORA I LA ZORRA

Anhelosa una zorra por conocer la luna, rogó a un cóndor le colocara una soga, por la cual pudiera llegar hasta ella.

Trepaba, mirando a todas partes, ufana de poder transportarse hasta la Mama luna, cuando escucha que alguien se reía: ¡ja, ja, ja! ¡ja, ja,ja!

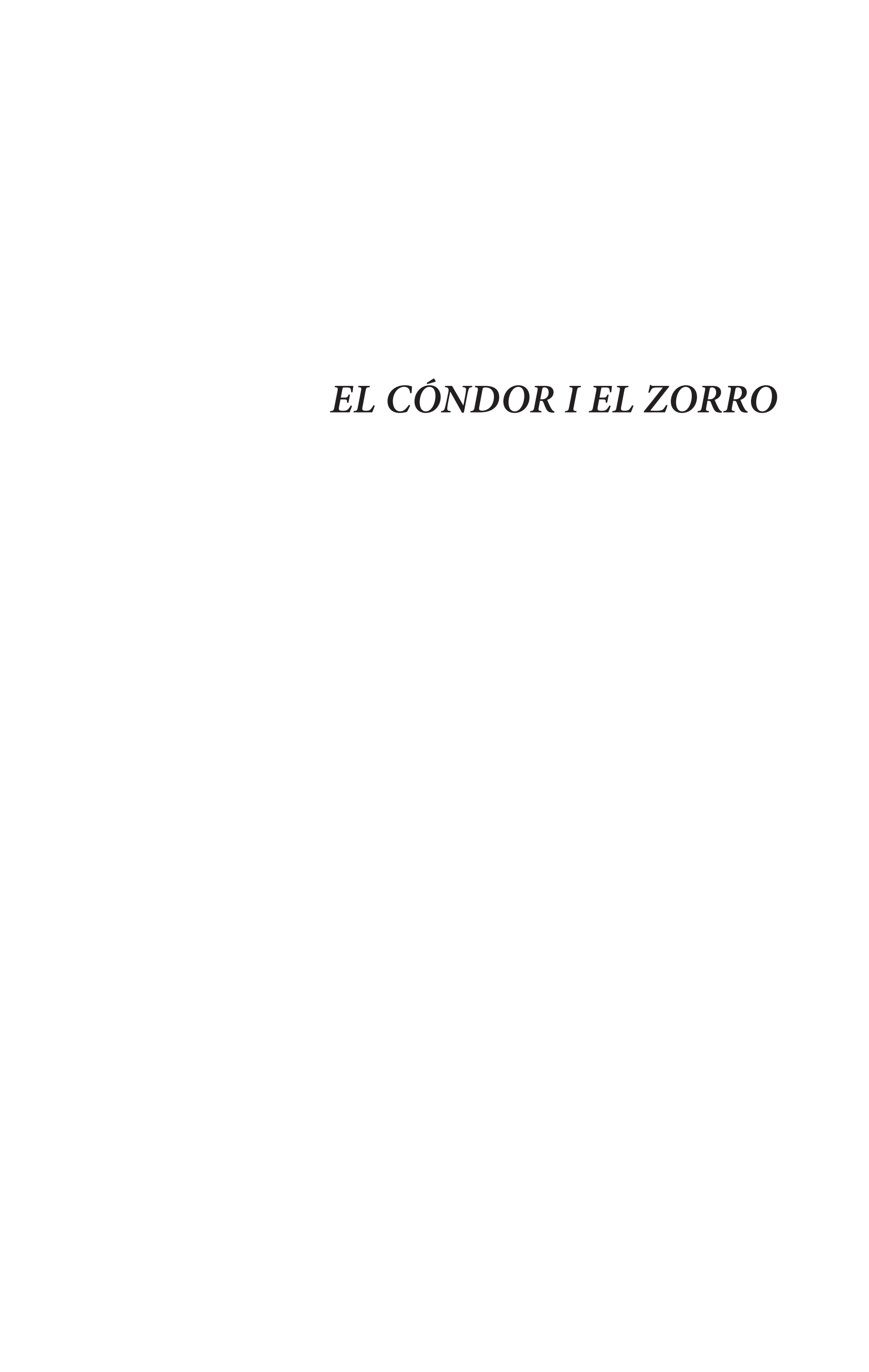
¿Quién será aquella disforzada que así se burla de mí?

Cruzaba el espacio, pesadamente, una lora lanzando sus chirridos que los tomaba la zorra por mofa; encolerizada contesta a su vez: *¡Ociosa lora! ¡Lora patituerta!* ¿Quién eres tú para burlarte de mí?

Seguía ¡*Ja, ja,ja*! la lora, en tanto la zorra colérica la insultaba: *¡Lora poltrona! ¡ociosa lora!*

Rabiosa la lora, al verse ofendida, se abalanzó contra la soga i la cortó.

Desesperada la zorra caía entre las nubes, pidiendo a gritos la recibieran en mantas; pero como nadie la escuchara, la infeliz se estrelló en tierra.



EL CÓNDOR I EL ZORRO

Discutían acaloradamente un zorro y un cóndor sobre sus fuerzas i aptitudes respectivas para desafiar la inclemencia de las punas.

—¿Hablas de resistencia —le decía el cóndor al zorro— cuando te veo acurrucado i hecho un ovillo los días lluviosos, encerrado en la cueva, tú i tu prole, royendo huesos i pereciendo de hambre?

—¿Y tú cófrade, a quien ni se ve, escondido en su escondrijo empollando como una gallina clueca, cree ser más capaz que yo?

—Para mí —replicó el cóndor— con tender una ala i cubrirme con la otra me basta, en tanto que tú...

—¿Yo?... en mi cola llevo abrigo y protección.

No pudiendo convencerse con razonamientos, como sucede casi siempre que se disputa, acordaron apelar a los hechos.

—Pues bien —arguyó el zorro— vamos a quedarnos toda una noche al raso, soportando la intemperie, con una condición: el que se retira pierde la apuesta i será pasto del que permanezca en pie.

—¡Aceptado!, pero tempestuosa ha de ser —agregó el cóndor.

—Choca —exclamó el otro. I fijaron plazo.

Llegada la estación de las tormentas, cierto día en que nubes grises se amontonaban como torbellinos de humo, se fue volando el cóndor en busca del zorro. Comenzó, luego, una furiosa tempestad: los relámpagos difundían destellos iluminando el firmamento, i los rayos, uno tras otro, describiendo tortuosos zigzags rasgaban las nubes i estallaban con fragor sobre las cumbres, cuando el cóndor, al resplandor de un relámpago, descubre a su contrincante, erizados los pelos i desprendiendo chispas, se aprestó a huir, pero se detuvo la llamada i, quieras que no quieras, hubo de aparejarse para dar cumplimiento a lo pactado.

Llovía a cántaros, rotas las nubes se precipitaban como cataratas desprendidas de lo alto i torrentes de agua inundaban el campo, cuando ellos fieles al convenio se disponían a pasar la noche de claro en claro, anhelosos que se asome la aurora.

De pie el cóndor sobre un montículo, sin muchos preámbulos, extiende el desnudo cuello i levantando el ala, introduce su encorvado pico dentro de él. A su vez, el zorro aparragado en el humedecido suelo, oculto el hocico entre las patas, se arrebujaba como podía, y se guarecía bajo su copioso rabo.

Mientras el impasible buitre desafiaba la lluvia que chorreaba i resbalaba por su reluciente y apretada plumazón; al desventurado zorro le empapaba el ya estropeado pelaje, se infiltraba sin reparo aun por sus puntiagudas y rígidas orejas. Remojado su encallecido pellejo, que a tiempo el frío le tenía como carne de gallina, sin rehuir, herido en su amor propio, se mantenía firme en la lid. Prorrumpía de vez en cuando en lastimeros aullidos: *Alalau* (¡Ai que frío!) i con voz más desfalleciente jemía: *Alalaú* (¡me muero de frío!)... ¡A... la... laú... úúú...!

Huararaú, respondía jactancioso el cóndor i pasada la noche, el alado rei, se yergue, arruga el penacho de su coronado pico i purpúreo cuello, sacude su alba cola y renegrido manto, i con paso imponente se dirijía adonde había dejado a su rival, el que, aterido de frío i yerto, yacía sin vida.

¡Triste fin de los presuntuosos obstinados!

“Jamás huachua alguna se vio en trance tan amargo. Daba graznidos lastimeros y extendiendo sus pesadas alas corría desalentada de un sitio a otro, lamentando su desgracia y pensando a la vez en la venganza que tomaría el astuto de su compadre...

Colección
Lima Lee

